

## **CAPITULO I.**

### **" LA INFANCIA DE JESÙS".**

**Recostado en un incómodo, angosto y antiguo catre de madera, un niño se entretiene leyendo los amarillentos papeles de periódico que cubren las paredes de su cuarto. En las murallas de su pieza estaban las noticias que muchos años antes habían sido un suceso, tal vez una gran desgracia. Jesús, divagando, se entretenía leyendo los antiguos avisos económicos y las novedades de esos pasados días.**

**En esos años iniciales de la década de los cuarenta, del siglo veinte por supuesto, de incipiente tecnología, escasa producción, bajos salarios, la lejanía y el aislamiento del puerto nortino de los grandes centros productivos, incidían en la gran carestía y escasez de todos los artículos de consumo masivo y habitual, tales como la carne, la harina, las verduras, las frutas, los abarrotos en general; el vestuario y los zapatos y los elementos de construcción como los clavos, las herramientas, etc., factores que impedían el fácil acceso a ellos de la gente común por los elevados precios y los bajos salarios.**

**El transporte por tierra desde Santiago de Chile hasta el puerto de Iquique solamente se podía efectuar en un sacrificado viaje en ferrocarril durante cinco días, siempre y cuando no hubiera inconvenientes como descarrilamientos u otros percances habituales. El trayecto se podía hacer por barco en siete días de navegación. La ausencia de carreteras asfaltadas en gran parte del Norte hacía imposible que alguien se atreviera a cruzar la extensa faja de desierto de casi un millar de kilómetros por rutas solitarias de tierra, pedregosas y carentes de auxilio en caso de emergencia fortuita.**

**La clase pudiente viajaba por vía aérea, como también eran transportados sus alimentos predilectos, artículos suntuarios,**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

periódicos y revistas, libros, etc. de consumo casi exclusivo por este grupo social. Los periódicos de la metrópolis eran un festín para personas de ciertos recursos. Afortunadamente el año 1959 quedó habilitada la Carretera Panamericana y con esto lentamente la nueva ruta empezó a ser transitada por grandes camiones y buses que efectuaban el traslado de pasajeros y carga desde y hacia el Sur.

Respecto a la comunicación y distracción radial esto era casi un privilegio, ya que las familias que disponían de un aparato de radio, siempre que tuvieran acceso a la electricidad, eran también escasas y un sueño para gente como el padre de Jesús. Debido a esta situación general de Iquique, muchos niños y adultos a menudo vestían pantalones con parches, algunos bastantes vistosos y otros muy disimulados o con remiendos pacientemente hechos generalmente por las mujeres de la casa. Era común adquirir en una tienda una camisa nueva o un pantalón pagadero al crédito en diez o doce meses plazo. En el hogar de Jesús no era la excepción.

Su padre, el más inútil de los hombres para realizar cualquier trabajo manual, haciendo un gran esfuerzo se había atrevido a empapelar personalmente las paredes de la habitación con papel de periódicos usados que eran botados a la basura en su trabajo y que él recogía. Los días domingos los leía todos, criticaba, se enfurecía, blasfemaba al imponerse de tantas mentiras manipuladoras. El niño Jesús se entretenía leyendo la página más cercana a su cama y a sus ojos. En la muralla se distinguían, los antiguos titulares de los diarios “El Tarapacá” y “El Despertar de los Trabajadores” que competían por lectores en esos lejanos años de incultura e iletrados casi generalizada. Los avisos económicos le llamaban la atención a Jesús, como también los titulares de las frecuentes huelgas, apresamientos de obreros reclamadores y las justificaciones que publicaban las autoridades de las atrocidades que se cometían en una localidad cercana, que servía de campo de concentración de los trabajadores descontentos y apresados.

Se acercó para ver la fecha apenas legible: 16 de Marzo de 1939 y se refería a un artículo periodístico recordando una masacre cometida por la fuerza militar chilena un 21 de diciembre de 1907, sangriento hecho ocurrido en su famosa y antigua Escuela Domingo Santa María.

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

Sorprendido por lo que estaba leyendo con dificultad en las antiguas páginas de periódicos pegadas en la pared de su cuarto, se levantó para deletrear mejor. ¿En su escuela habían asesinado a más de dos mil obreros de la pampa salitrera? Pensativo y alarmado, Jesús dedujo y se preguntaba que a lo mejor en la misma sala donde hacía clase de Historia el señor Hoover , su elegante profesor Jefe del tercer año primario, habían muerto a balazos a mucha gente. El señor Hoover hablaba muy mal el castellano, pero mejor pronunciado que el hablar del cura de la Iglesia, pues este era un sacerdote europeo al que los niños casi no le entendían lo que decía, por lo que muchas veces a escondidas se mofaban de él. El caballero inglés vestía siempre un impecable traje y hermosos zapatos, siendo muy difícil que los otros profesores chilenos pudieran igualarlo en apostura y elegancia.

Mientras reflexionaba sobre este asunto de la matanza ocurrida en su escuela, empezó a sentir un pequeño escalofrío con solamente pensar que a su padre le pudiera pasar algo semejante, pues siempre lo escuchaba que hablaba de paro, de los sinvergüenzas, de los explotadores, de los padrecitos de la Iglesia, de los gringos que se adueñaron de la pampa, etc., etc. El espíritu rebelde de Jesús no lo dejó dormir esa noche. En sueños blasfemaba contra todo y contra todos y de vez en cuando un sobresalto lo obligaba a despertar. Su mente de niño aún no estaba envenenada.

Le gustaba aprender, pero no se sentía contento en ir a la escuela. No comprendía bien qué era lo que le pasaba. Aún así, cruzaba las polvorientas calles de la ciudad cada día temprano, brincando y trotando, con su viejo jarro enlozado de medio litro, colgando de su cintura; el tintero, colgando de uno de sus dedos, hecho por él con un tarro pequeño de leche condensada en el cual había introducido un frasco de vidrio y aprisionado con cemento y un gran y voluminoso cuaderno “único”, confeccionado también por él, con papel de diario regalados por algunos operarios de la imprenta del diario “ El Tarapacá”.

El jarro le servía para desayunar en el colegio el té con leche, a veces, y en otras, cocoa con leche y un pan, al que tenían derecho solamente los dos niños más pobres de cada curso y para lo cual era menester llegar media hora antes del toque de la campana, de lo

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

contrario los niños privilegiados por esta donación del gobierno de Chile estaban obligado a quedar en ayunas el resto de la mañana. El tintero reforzado y macizo lo había fabricado para evitar que la tinta del frágil envase de vidrio se volcara en la mesita escolar manchando muchas veces la ropa y los útiles de colegio. El gran cuaderno “único” lo había fabricado pues su padre no podía comprarle los cuadernos que eran vendidos en las librerías y se evitaba de esta forma el manejar un cuaderno para Historia, otro cuaderno para Geografía, otro para Matemáticas, etc., en suma, disponía de un gran y pesado cuaderno, un cuaderno “todo en uno” de casi trescientas hojas de papel de periódico. Este equipo escolar de Jesús era admirado por algunos y burlados por otros.

A pesar de todo, Jesús sentía una gran satisfacción cuando captaba que él comprendía con facilidad todo lo que leía y escuchaba a sus profesores y se sentía seguro de su habilidad. Esta cualidad de Jesús lo fue tornando internamente despreciativo de aquellos niños que ostentosamente mostraban las comodidades y solvencia de sus padres mediante sus vestimentas y accesorios escolares. Pese a este asomo de envidia, soñaba este niño por tener un “estuche”, para guardar los lápices, gomas de borrar, sacapuntas, etc. Estaban de moda y eran caros. Los había de varios modelos, simples de una sola cajuela y dobles, como los buses de dos pisos. Creció Jesús y jamás pudo tener uno de esos lindos estuches.

La moda infantil de esos años era los bolsones de cuero que se colgaban en la espalda, dejando libre las manos para jugar. Pero esto estaba solamente al alcance de los hijos de los empleados, quienes estaban calificados como clase media, una categoría social superior a la clase obrera, y por lo tanto el sueldo que percibían era generalmente suficiente para vivir holgadamente. Este sector trabajador vestía generalmente muy elegante, de terno y corbata. Además, los empleados estaban afiliados a Cajas de Previsión creadas para ellos, otorgadoras de variados beneficios muy superiores a la Caja de Previsión que por ley debían estar acogidos los obreros. Entre estas regalías discriminatorias y privilegiadas estaba la asignación familiar, que era como un sobresueldo por cada carga familiar del empleado o trabajador, como los hijos y la cónyuge. La diferencia del valor por carga superaba muchas veces de 2 a 3 veces a la carga

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**familiar del obrero. Jesús notaba nítidamente esta diferencia.**

**Estos niños, los hijos de los empleados, de los sargentos y cabos, de comerciantes y bolicheros, hacían gimnasia los días Jueves de cada semana, con impecables zapatillas blancas, pantaloncillos cortos blancos, soquetes blancos y camiseta sin mangas, también blanca y él, Jesús, trotaba y brincaba descalzo, sin camiseta y con unos verdaderos calzoncillos desteñidos, cada Jueves de cada semana, día fatídico que esperaba con verdadera angustia por la vergüenza que sentía al verse tan disminuido frente a sus compañeros y al vigoroso profesor de gimnasia.**

**La verdad es que él se sentía débil, sin el menor deseo de correr y competir. No le agradaba en absoluto las arengas del peludo profesor de gimnasia sobre el asunto de crear músculos y fortalecerse para ser “útil a la Patria”. Ellos, esos niños, rosaditos y palpitantes de energía y Jesús, pálido, jadeante, próximo al desmayo por el esfuerzo físico que el fornido profesor de gimnasia, el Sr. Salinas, quien en perfecta tenida de deportista, arengaba en tono militar que los niños eran los futuros soldados de la Patria y que por lo tanto tenían que ser fuertes para cuando llegara el momento de defender a la Patria.**

**Jesús, trotando alrededor del patio de la Escuela Santa María, así se llamaba su colegio, con la respiración entrecortada, hacía sublimes esfuerzos por no detener el trote patriótico, en especial cuando por atraso perdía su desayuno escolar, no obstante que muchas veces solamente el desayuno lo entusiasmaba para ir al colegio.**

**Ya estaba creciendo en su mente la incredulidad de lo que hablaban sus profesores. Él intuía que muchas cosas que le enseñaban no eran ciertas y se sorprendía de la poca inteligencia de sus profesores para no entender que muchas de las cosas que ellos decían no eran más que mentiras, en especial de las recordadas arengas del profesor de gimnasia, el peludo, bien alimentado y patriotero señor Salinas. El señor Salinas también era profesor de Historia y era fanático por todo lo que estuviera relacionado con la Guerra del Pacífico. Arturo Prat, el mitológico héroe de la Guerra del Pacífico, era para el Sr. Salinas, la reencarnación del Dios de la guerra, era el Marte de la Marina Chilena y del mundo y los chilenos lo máximo en valor y valentía.**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

Un día, Jesús rondando el Mercado Municipal de esos años divisó a un anciano con aspecto de mendigo vistiendo un viejo uniforme militar desconocido para él, en cuya casaca lucía una medalla de metal adornada con una desteñida cinta tricolor. No era primera vez que lo veía. Todo el mundo se burlaba y se mofaba de este anciano. Varios hombres lo rodeaban en círculo y se reían a carcajadas de este pobre ancianito que furioso les gritaba que él a su edad aún podía pelear, que todavía le quedaban fuerzas para pelear contra el enemigo y se lanzaba de rodillas contra el suelo de cemento, golpeándose los codos y las piernas con mucho encono y enojo.

La gente jocosamente se alejaba riéndose del viejecito enfermo. Jesús se acordó de los dichos del Sr. Salinas y esperó que llegaría el día de la clase de Historia para preguntarle quién era ese hombrecito tan pobrecito y porqué la gente lo hacía enojar, ya que él era profesor de Historia y tenía que saber si este señor que mendigaba en el mercado había sido un patriota que había defendido la Patria durante la guerra. Ese día, Jesús se hacía mil preguntas sobre este personaje tan tristemente ridiculizado por los pobladores del puerto donde él vivía y de si fuese cierto de que este puerto era un lugar mártir y glorioso porque aquí habían peleado y muertos muchos chilenos defendiendo la bandera de Chile. Muy preocupado y confuso se fue quedando dormido con la imagen del viejecito iracundo y de su raído uniforme militar. Llegado el día y la hora de la clase de Historia del Sr. Salinas, porque el Sr. Hoover estaba enfermo, Jesús, sin poder contener más su curiosidad sobre el anciano, impetuosamente levanta el dedo para llamar la atención del profesor y sin esperar la concesión de la palabra como era costumbre se levanta de su asiento

-“: Señor, hace unos días observé en el Mercado a un anciano que estaba vestido con una chaqueta y pantalones hilachentas y con insignias como si fuera un uniforme de militar; también tiene colocada una medallita con una cintita tricolor y parece que está muy enfermito de su cabecita porque hablaba que él era un soldado de la Patria y que había peleado en la guerra defendiéndola. También decía que para él la Patria no era un trapo, que no era la canción nacional ni las marcha de los militares, que la Patria era toda la gente chilena, que la tierra pertenecía a todos y varias otras cosas que no me acuerdo, pero que la gente se burlaba de él. Quisiera saber, señor Salinas, si

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

usted sabe si este señor fue soldado de la guerra y si lo fue, por qué un patriota sobreviviente de la guerra es un mendigo y si es cierto lo que el decía.... Gracias.”.

El señor Salinas, como profesor de Historia que era, tenía que saber las respuestas a estas preguntas. Jesús lo impactó. Era un niño y todos sus compañeros estaban atentos de él y esperaban la respuesta. ¿Cómo explicar este asunto? . Se preguntaba el Sr. Salinas. Él sabía y tenía que enseñar la Historia de Chile tradicional, contada por los famosos historiadores, de las heroicas batallas de los grandes héroes como O’Higgins, Vergara, Ramirez, etc., pero de estos anónimos soldadillos no sabía nada, pues nunca se había escrito nada sobre ellos. No eran importantes, no eran nada. Era el populacho, sin historia, insignificantes. Murieron miles y nadie jamás conoció cómo murieron, si fueron cobardes o valientes, si dejaron hijos o no. La Historia de Chile, cavilaba el Sr. Salinas, o mejor dicho, los historiadores, jamás han destacado algo de éstos anónimos soldados, etc. Pensaba que él era solamente profesor de Historia, y además titulado, con mucha honra, en la Escuela Normal de Copiapó y que jamás a él le habían enseñado otra historia que no fuera la conocida por todos, es decir, la gran galería de generales, almirantes, capitanes, etc. y que, según al opinión de los profesionales de la historia, ellos eran los grandes defensores de la Patria. Todo este complejo pensamiento del señor Salinas sucedió en un minuto. Estaba confuso. Disimulando su turbación, pidió a los niños que guardaran silencio, mientras él iba a la Dirección. ¡Mentira!. Tuvo que salir a respirar aire fresco al patio y pensar mucho. Él sabía que no era conveniente para la Patria que los niños, futuro de Chile, conocieran ciertas verdades sobre el ser humano, de sus vicios y virtudes; de la alta clase social dueña del poder y de Chile y de la otra clase social, la subordinada, la temerosa y respetuosa de la Iglesia y de las leyes, dictadas por aquellos para perpetuar sus privilegios y poderío. Tampoco podía señalarles a sus queridos y pequeños alumnos la perpetua y cada día más potente lucha de las clases trabajadoras humildes contra los dueños de la historia, de la patria, de Dios, de la bandera, de la canción nacional, de la pampa salitrera, de las iglesias, de las minas, del campo, del cielo y del mar, del Gobierno, del Estado de Chile, etc. Cómo explicarles a los niños que no se puede pretender cambiar las cosas como están, ya que Dios, que todo lo sabe, es justo

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

y sabrá compensar a los humildes cuando estén en el cielo. El pobre señor Salinas, filosofaba. Pensó en el muy querido, por el pueblo chileno, el Presidente de Chile Pedro Aguirre Cerda y sus mil días de exitoso gobierno, quien fue elegido por los trabajadores radicales progresistas, del cual éste era su líder, y por los comunistas y socialistas, falleciendo antes de terminar su mandato. Una vez elegido el reemplazante Gabriel Gonzalez Videla como Presidente Chile, también radical, gracias nuevamente a los votos de comunistas y socialista, traiciona a los trabajadores y a los postulados del fallecido Presidente Mártir Pedro Aguirre Cerda, persiguiendo, discriminando, apresando y enviando a cárceles y campos de concentración a todo aquel que se opone a sus medidas de opresión y reclama por el desempleo, la carestía y los bajos salarios, como era el caso del conocido padre de Jesús. Él, como profesor honesto que era y fiel admirador de la obra del Presidente Aguirre Cerda, tenía su verdad escondida, pero que le quemaba el pecho el no poder decirla. Tampoco podía contradecir la verdad histórica, según los grandes historiadores de Chile y que, para bien o para mal, algunos fueron sus profesores cuando estudiaba en su querida Escuela Normal de Copiapó. Además, él comprendía, pues no se consideraba tan idiota, que había dos o más versiones de la historia de Chile y de sus héroes, pero no podía herir las vírgenes visiones del mundo que tenían sus queridos alumnos. De hacerlo sería inmediatamente tildado de comunista, exonerado de su cargo de Profesor y quizás, enviado a la localidad de Pisagua, donde estaban siendo confinados todos los que estaban coludidos contra el gobierno radical-socialista y otros partidos políticos profundamente pseudo democráticos de la época. El señor Salinas estaba pensando en profundidad y hasta él se sorprendía de los resultados de este forzoso ejercicio mental. Decidió por fin volver a la clase y enfrentar al niño Jesús. Primera vez en su vida que se comportaría como un verdadero maestro, imitando las palabras del también profesor y maestro el ex Presidente Pedro Aguirre Cerda, como un guía de niños, como un formador de verdaderos seres humanos, con valores, etc. etc. Con paso vigoroso y altivo el señor Salinas ingresa a la sala de clases. Los niños alborotados, ahora guardan un riguroso silencio. Están sorprendidos. El señor Salinas irradia en su rostro algo que nunca le habían visto. Los niños lo ven más alto, los ojos le brillan, está casi sonriendo, cosa bastante rara en él. El señor Salinas levanta los brazos, para llamar la atención y se dispone a hablar, como si fuera un orador político. Y dice la verdad. Posteriormente, se supo que el señor Salinas había sido



Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**destinado a un pueblecito del Sur, según se comentaba.**

**En esos años, en plena Segunda Guerra Mundial, a mediados de la década de los cuarenta, estaba de moda difundir el inglés por los medios de comunicación. La juventud de clase media aprendía de memoria las canciones de moda norteamericana y las cantaba y bailaba. Era de buen tono, de distinción y propio de ese sector social el imitar modas y modales, frases comunes y habituales en inglés y todo lo que provenía de los Estados Unidos. La goma de marcar era lo máximo para este tipo de gente. Por el contrario, los corridos y rancheras mexicanas eran para los rotos ordinarios, para el populacho. De la misma manera eran consideradas las tonadas y la cueca chilena, las que solamente eran escuchadas y bailadas en las fondas dieciocheras, en los días de Fiestas Patrias, por la gente modesta y trabajadora y a veces por grupos de aficionados al “folklore”, generalmente compuestos por profesores, quienes imitando los ademanes y modos típicos del hablar campesino chileno ofrecían un “pie de cueca” a las autoridades en la apertura de los actos oficiales. Era muy evidente el menosprecio y la discriminación con que se trataba al chileno de pueblo y a todo lo que se relacionara con los gustos y preferencias de la gente popular. Pareciera que ésta es la razón por la cual los descendientes de los trabajadores inmigrantes que llegaron como cargadores en los barcos extranjeros o simplemente como jornaleros y que optaron por radicarse en este puerto bullente y pujante de actividad salitrera en años pasados, se sentían ubicados en la aristocracia económica y social solamente por tener apellidos de origen inglés, francés, italiano, yugoeslavos, chino, japonés, alemán, etc. Este misceláneo grupo social extranjero era francamente despreciativo hacia el obrero chileno, boliviano o peruano, muchos de los cuales eran veteranos de la guerra de 1879 y no obstante sin rencor sudaban juntos en las calicheras soportando el rigor del trabajo y la disciplina esclavizante imperante en la pampa salitrera. Por la preferencia y mejor trato de que eran objeto los extranjeros allegados al territorio recientemente conquistado por los chilenos, les era fácil a éstos obtener puestos de responsabilidad y dirección lo que les facilitó la apropiación del comercio, de la industria y de gran parte de la ciudad y territorio recientemente arrebatado a Perú y Bolivia, como resultado de la entonces reciente guerra contra esos países vecinos.**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**Formaron con el tiempo los clasistas y exclusivos clubes y círculos sociales como el Círculo Italiano, el Club Yugoslavo, el Club Inglés, El Chino, el Club Español, el Club Alemán y otros que perduran hasta el presente.**

**Los españoles eran una clase distinta. Estaban los recientemente llegado a Chile como refugiados o inmigrantes a causa del régimen fascista imperante en España y los otros, los hijos, nietos etc., descendientes de españoles arribados al territorio en tiempos antiguos, los cuales formaban clasistas colonias y se auto denominaban “españoles”, pero que en realidad no era mas que una manera de esconder, como si fuera una vergüenza, su calidad de chilenos o mestizos, como lo son la mayoría de los chilenos. Estos grupos de españoles y pseudo españoles, siempre trataron de distinguirse de los chilenos, a quienes consideraban socialmente inferiores, por lo que en definitiva, la gran mayoría de ellos eran personas que se podría denominar del sector de la derecha chilena.**

**En este entorno social, Jesús, chileno e hijo de chileno y de madre originaria del siempre indómito y corazón de Chile como lo es Arauco, sobrevivía, crecía y observaba, con ojo de niño, los pequeños sucesos que le atraían la atención y a pesar de su corta edad captaba las diferencias de status y la discriminación de sus compañeros de colegio. El precio de los zapatos, de la camisa, del pantalón, etc. que se usara era muy importante como así mismo el trabajo del papá. En todo caso, la mayoría de la gente eran o descendían de jornaleros, trabajadores de chuzo y pala, ex peones de campo del sur de Chile, enganchados y traídos a la pampa salitrera a lidiar con la arena y el sol; con el caliche, con la prepotencia de los capataces, con las eternas humillaciones de la policía y las siempre injustas leyes y reglamentos que se aplicaban a los obreros. Había casos en que hombres con cierta cultura, de familias cultas y acomodadas, que por razones de actitud, de inconformismo, honestidad, dignidad, etc., eran discriminados injustificadamente y lanzados al campo hostil y a veces violento del trabajo calificado como obrero o jornal. Se podía salir de allí solamente capitulando, suavizándose, adaptándose, convirtiéndose, vendiéndose, a los extranjeros dueños de las fuentes de trabajo o al gobierno permisivo y cómplice de las injusticias imperantes. El padre de Jesús era un ejemplo de este espécimen testarudo que por instinto rechaza la ley del oportunista: “ todo cambia, y el que no cambia**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

perece”.

Jesús nunca pudo eludir o eliminar este esquema psíquico, incrustado en su super ego por su porfiado padre, durante su niñez, transformándose éste en un verdadero valor pivotal, el que, cuando Jesús ya crecido, lo motivaba a oscilar a veces entre el ser o el no ser. Se mortificaba por no saber la verdad, la verdadera verdad. No estaba seguro si su actitud era inteligente o no. Necesitaba profundizar éste asunto en la sabiduría de los grandes hombres de la historia de la cultura universal y para ello acudía cuando podía a la Biblioteca Cervantes. Hurgaba entre ese laberinto de libros conteniendo mil verdades contradictorias. A medida que leía y leía, su confusión respecto a este tema crecía. Con el tiempo descubrió, ya joven, que nadie sabía la verdad, que todos los sabios del mundo nunca se pusieron de acuerdo, no sabía por qué razón y optó por continuar afirmándose en los preceptos enseñado por su padre.

Iquique, la ex-capital del oro blanco, la California chilena, de los ricos territorios salitreros del Norte de Chile, era el puerto donde transcurría la ignorada vida de Jesús.. De este puerto tan venerado y homenajeados por los altos mandos de las Fuerzas Armadas de Chile, cuya oficialidad y cuerpo de generales y almirantes militares está compuesta por un gran porcentaje de hijos y nietos de los grupos de extranjeros ya comentados, se habían alimentado las arcas fiscales de los recursos para sufragar los gastos del gobierno de Chile y se había satisfecho el afán de ostentación de la aristocracia chilena. Palacetes y grandes mansiones se fueron construyendo en Santiago de Chile con las utilidades de la industria del salitre hasta cuando el descubrimiento del salitre sintético poco a poco fue desplazando el nitrato de sodio natural y único producto natural extraído de la pampa salitrera nortina, causando una paulatina gran cesantía y una huida de los ya opulentos empresarios salitreros y comerciantes del puerto iquiqueño y los aventureros venidos de casi todas las latitudes.

Decenas de miles de obreros fueron retornando a sus antiguas labores campesinas del sur de Chile; los bolivianos y peruanos, la más barata de la mano de obra y la más explotada iniciaron su sacrificado éxodo a su patria y otros se anclaron aquí sufriendo las penurias del desempleo, los bajos salarios y el aislamiento cultural, geográfico y económico. Los rudos mineros del salitre que por alguna razón se

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

quedaron en Iquique se convirtieron en pescadores, obreros municipales, carrilanos del ferrocarril, estibadores, cargadores, etc., añorando, muchas veces, la vida soportada bajo el sol ardiente del desierto. Probablemente hubo trabajadores que ganaron suficiente dinero con su trabajo, pero tuvieron que adaptarse a las rígidas reglas de disciplina aplicadas por los dueños de las oficinas salitreras y sin ningún control legal, lo cual facilitaba la frecuente ocurrencia de atropellos a la dignidad humana e injusticias laborales.

El padre de Jesús, leal a sus principios no claudicó ni se adaptó ante la prepotencia y despotismo de sus patrones y capataces y pagó caro por su rebeldía. La estoica vida de Jesús era el castigo o la consecuencia del carácter subversivo de su padre.

Jesús fue, inicialmente, el mayor de cuatro hermanos; después de cinco hermanos; luego de seis, hasta llegar a ser el mayor de nueve hermanos.

Jesús vivió en varias casas, ya que su padre no poseía ni un metro cuadrado de los inmensos territorios ahora perteneciente en teoría al pueblo chileno gracias a la guerra. Las casas, años antes de propiedad de peruanos, ya tenían dueños italianos, ingleses, chinos, yugoslavos, españoles, y algunos peruanos, que se quedaron en su antigua tierra hoy de los chilenos, según se dice. Poco se sabe cómo fue la repartija de las tierras, casas, bienes, etc. que abandonaron los peruanos cuando perdieron la guerra con Chile.

Tiene que haber sido algo parecido a lo ocurrido durante los sucesos de la Independencia de Chile, cuando los patriotas chilenos y algunos no tanto, descendientes de la flor y nata de los conquistadores españoles y de los posteriores colonizadores, cuyos retratos lujosamente enmarcados son expuestos en los grandes salones de la república, dispusieron y se repartieron todo el territorio nacional, de sus bienes, pobladores y poblaciones, adueñándose de las ciudades, campos, montañas, ríos, lagos y lagunas, en fin de todo lo que constituía el Reyno de Chile. Los peones chilenos, los individuos-soldados ignorados, siguieron como siempre sirviendo ahora a los nuevos patrones y escuchando, como siglos antes, las plegarias de los sacerdotes, llamando a la santa resignación de los humillados y

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**ofreciendo a cambio el reino de los cielos.**

**En un nefasto día para Jesús, un hermanito menor, como de tres años, enfermó y a los días después falleció. Llevado al hospital después de largos días de diarrea e inapetencia, el niño murió como consecuencia de una infección estomacal. En esos años la mortalidad infantil era bastante elevada y se debía a la mala calidad del agua que usaban los pobladores y a la falta de alcantarillado en gran parte de Iquique.**

**Debido al hecho de que gran parte de las modestas casas habitadas por los trabajadores carecían de las instalaciones del servicio domiciliario de agua potable, solucionaban el abastecimiento de agua potable los llamados aguateros, generalmente fornidos hombres de origen italianos, quienes en sus grandes carretas tiradas por mulas y provistas de un gran tonel pasaban por las polvorientas calles populares ofreciendo el agua potable a tanto el balde de aproximadamente 20 litros. Era necesario entonces que en cada casa hubiera uno o dos tambores para guardar el agua, esto según el presupuesto de cada familia, hasta la próxima pasada del aguatero, generalmente de origen italiano. Debido al calor y a otros factores, a menudo el agua se convertía en un caldo de cultivo de larvas y microorganismos portadores de infecciones de todo tipo que afectaban con facilidad a los recién nacidos y niños de corta edad, los cuales morían con muchísima frecuencia.**

**Para sustituir la luz eléctrica inexistente también en casi todos los barrios populares se acudía a las velas, al chonchón de parafina o a la lámpara de carburo. Respecto a la falta de servicio higiénico, la Municipalidad disponía de un servicio de barriles a domicilio, los cuales eran colocados en un lugar adecuado de la casa, generalmente en un pequeño hoyo hecho en el patio, cubierto, si era posible, por una pequeña casucha. Cada quince días después de medianoche pasaba el carruaje municipal y sus enmascarados e incógnitos servidores municipales, entraban sigilosa y rápidamente a la casa y cambiaban el barril lleno con desechos humanos y colocaban uno vacío. Jesús nunca pudo conocer a uno de estos misteriosos trabajadores que ocultando sus rostros como si fueran forajidos se ganaban el sustento sacándoles los excrementos a los habitantes más pobres de la ciudad.**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

Para solucionar el problema del aseo personal se usaba el tradicional lavatorio para lavarse la cara y el cuello. Asearse el resto del cuerpo era cosa de ingenio. Jesús, astuto como era, había descubierto que el Servicio de Salubridad, así se llamaba antes, había instalado unos baños público gratuitos para la población que carecía de agua potable. Estos baños para la gente más pobre de Iquique estaban ubicados en donde posteriormente funcionó el Servicio de Investigaciones y consistían en duchas y tinas con agua con azufre, para combatir la epidemia de sarna que atacó ese tiempo a los niños. Jesús lamentaba siempre que no se prestara un servicio de baños de agua caliente.

La otra alternativa que tenía Jesús para no desmerecer ante sus discriminadores compañeros de colegio y mejorar su presencia acudía frecuentemente a darse baños de mar a la Playa Bellavista, al final de la calle Zegers abajo, arriesgando eso sí el reproche de su padre y de su madre, por temor a que se ahogara. Jesús siempre había escuchado a los mariscadores del lugar que lo mejor para fortalecer el cuerpo y crecer vigoroso era nadar y comer mariscos. Jesús diestro en el agua, pronto extraía sus propios mariscos, se los servía crudos ahí, en la playa misma, y el resto los llevaba a la casa.

Jesús tenía un gran problema para hacer las tareas del colegio. Solamente tenía la luz solar para estudiar. Las velas eran caras y su madre lo instaba repetidamente a apagarla cuando por alguna razón urgente tenía que estudiar de noche. Además, los ronquidos de su padre, bulliciosos y molestos; su madre vigilante y preocupada por el gasto de la vela; el llanto de uno o de dos de sus hermanitos menores, eran las preocupaciones del niño Jesús. Lo tormentoso era más bien cuando sumado a estas molestias, el estómago le clamaba por algo para saciar su apetencia y no había pan, no había azúcar, no había té y a veces no había con qué hacer fuego, puesto que en esos años se usaba cocina a leña de tamarugo o a carbón de piedra y eran artículos consumidos con gran cuidado en la casa de Jesús. Además, era una odisea encender la vieja cocina de fierro. Jesús, agotado y hambriento se acostaba junto a sus otros hermanos, todos menores que él.

Jesús ya tenía la noción de la muerte. Sabía que todos los seres vivientes nacían, vivían y morían y aceptó con gran pena la muerte de su hermanito. Lloró y lloró, pero se consoló sólo, sin el famoso

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

“pobrecito” con que la gente adulta consuela a los niños. Se indignaba cuando a alguna buena señora le escuchaba murmurar “pobre niño”, con cara de compasión. Digno como su padre, marchó junto a él hacia el cementerio. Era un funeral muy especial, cuya comitiva estaba compuesta por el padre, delgado, alto, huesudo, de porte distinguido y su hijo Jesús.

Su padre con el pequeño ataúd sobre su hombro, erguido como quien lleva a un príncipe sobre sí, a pasos largos y firmes, avanza por las calles con su hijo muerto, como si fuera un orgullo su actitud y pena.. A su lado, apurando el paso, casi trotando, el niño Jesús, tratando de no llorar, esforzándose por disimular su tristeza y rabia ante las miradas de la gente que observaba tan singular procesión fúnebre. Al llegar al cementerio, el funcionario municipal detuvo al padre y lo instó a que dejara en el suelo el ataúd. Solucionado el trámite de registro, Jesús, su padre y el ataúd, o sea el cortejo funerario, siguen al empleado hasta el final del cementerio. Llegan a unas grandes y viejas puertas. El funcionario abre el oxidado e inmenso candado, abre el portón e ingresan a un gran recinto o patio, de tierra suelta y ardiente por el sol, escombros esparcidos por doquier, basura, restos de cenizas negruzcas. En el centro de ese gran receptáculo de muertos sin nombre, anónimos, había un gran hoyo, repleto de coronas de flores marchitas, ataúdes destrozados y un mal olor insoportable. Junto a una muralla, Jesús vio algunos ataúdes de adultos ubicados uno al lado del otro. Jesús al contemplar todo este espectáculo tan desolador, miró a su padre como preguntándole dónde iba a quedar sepultado su hermanito. Su padre se quedó callado. Ya había colocado la pequeña caja conteniendo el cuerpo del hermanito de Jesús, junto a los otros ataúdes. Jesús estaba convencido que su hermanito iba a ser depositado en un nicho como todos los muertos; estaba preparado para decirle adiós a su hermanito, suponiendo que estaría dignamente sepultado como un ser humano, pero no pudo comprender a su corta edad el porqué su padre estaba dejando a su hermano botado en el suelo, como si fuera una basura. Además ni siquiera llevaban un ramo de flores, como es la costumbre de los seres humanos que él conocía. El funcionario con un gesto de cabeza indicó que había que abandonar la fosa común. Jesús sin poder contener el llanto, se desprende de la mano de su padre, corriendo, gritando, llorando, perdiéndose su pequeña figura entre las callejuelas del Cementerio. Ojeroso y demacrado, retornó a su casa cerca de la

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

medianoche. Sin decir palabra, se acurrucó al lado de sus otros hermanos menores y se fue quedando dormido, sollozando y con hambre. Jesús nunca pudo olvidar este episodio de su vida y comprendió, con los años, lo mucho que tiene que haber sufrido su padre.

Jesús era vivaz. Pequeño como era, no perdía oportunidad para ganar algún dinero y llevárselo a su madre. En los días de todos los santos, a principios de Noviembre, Jesús vendía en la puerta del cementerio la mercadería que él fabricaba. Sus productos consistían en tarros de latas de conservas vacías y desechadas, que él iba recogiendo y guardando pacientemente para la ocasión, por lo que era común que su madre se incomodara con tanta tarrería de todos tamaños, correctamente ordenados y clasificados, que permanecían durante meses en el pequeño patio de la casa.

Semanas antes del primero de Noviembre, día de Todos los Santos, Jesús iniciaba su tarea de fabricar su mercadería. Algunos, los empapelaba y a otros, los pintaba de diferentes colores, tratando de ser original y diferenciarse de la competencia compuesta por otros niños y adultos que desarrollaban la misma actividad durante estos días de pena y recuerdo de los seres queridos ya muertos. El interés, la creatividad y su rara inclinación a la perfección que poseía impulsaban a Jesús a dedicar más tiempo de lo convenientemente económico en esta labor de fabricación y hermoejamento de los tarros, lo que le reportaba un extraño goce cuando la gente los admiraba y se los compraba. Terminado el trabajo, calculaba la cantidad de tarros que vendería y con su bulto sobre su espalda se dirigía al Cementerio. Instalado en el mejor lugar, al costado de la puerta principal de entrada, los ofrecía a grandes voces a los deudos que iban a visitar a sus muertos durante esos días en que se recordaba a los seres queridos fallecidos, para que colocaran las flores. Atendía atentamente a su clientela, llenaba de agua el tarro y les señalaba donde estaban más baratas las flores. Era tarea sacrificada, pero al final del día, Jesús brincando y saltando de alegría volvía a su casa con el dinero recaudado y se lo entregaba a su madre, dejándose para él lo suficiente para sufragar sus pequeños gastos de los útiles escolares. De vez en cuando, Jesús se entristecía al no poder colocar el más lindo de los tarritos, que él hacía, en la tumba donde yacía su hermanito, porque él, su hermanito no tenía sepultura, no existía, había



Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**desaparecido, no sabía donde estaba, jamás podría encontrarlo.**

**Dicen que algunos hombres cuando la miseria o la pobreza les ronda, cuando por estas razones y el hambre les acosa a él y a sus familias, si es que la tienen, tienden a pensar, a reflexionar muchísimo más que el hombre satisfecho, conforme con su vida y cómo es la vida. También el ocio obligado de las largas cesantías es un acicate para meditar sobre todo lo humano y lo divino. El estómago vacío los impulsa a filosofar sobre el bien y el mal, sobre los ricos y los pobres; sobre el infierno y el cielo; sobre el egoísmo y la generosidad; sobre la guerra y la paz; sobre los dioses y todos los santos; sobre el porqué de ésto y de lo otro, etc. Mil preguntas que necesitan respuestas se hacen estos hombres. A cada certeza le encuentran su oponente que las anula. Es muy común divisar en las calles a mendigos que fundamentan con gran sapiencia, lógica y gran dignidad su condición humana.**

**El padre de Jesús, reencarnado en su hijo Jesús Tadeo, pensaba muchísimo más de lo que trabajaba y el resultado fue que descubría algunas verdades irrefutables e hipócritamente ocultadas, no dichas, escritas pero cuidadosamente custodiadas, lectura apta solamente para los elegidos, para los que tienen el poder. La ignorancia es la mejor arma para dominar se ha pensado siempre y Dios siempre ha premiado a sus hijos sin ambición, a los pobres de espíritu; a los que viven rezándole y orándole temerosos del castigo de ÉL, el justiciero. El padre de Jesús, el hombre sin vicios, caballero a carta cabal, culto y de buenos modales, era una isla en medio del modesto y popular barrio donde vivió decenas de años, donde nacieron y crecieron sus hijos.**

**El barrio de Jesús consistía en dos cuadras de calles anchas, polvorientas, de tierra suelta y sin veredas. Sus compinches, niños como él, se divertían pateando una pelota de trapo, jugando a las bolitas, al trompo, etc., mientras a sus oídos llegaban los mugidos de las vacas de la lechería que circundaba el barrio y que era de propiedad de un italiano y su numerosa descendencia. La corrida de casas de la cuadra, cuyos patios colindaban con los corrales de las vacas, era de propiedad del italiano y en ella vivían algunos ordeñadores y trabajadores de este extranjero, excepto el padre de Jesús que vivía como inquilino pagando una renta mensual.**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

Gran parte de la infancia y adolescencia de Jesús fue vivida entre vacas, bosta, tierra, hábitos y modos propios de gente trabajadora y analfabetas y otros no tanto, pues algunos eran capaces de leer, aunque con dificultad. Varios de estos famosos lecheros se afanaban por llegar a ser grandes campeones de box por lo que era un gran acontecimiento entre los niños del barrio cuando en el Garden Ring, local habilitado para realizar estas fanáticas competencias deportivas, alguno de ellos iba a defender el honor del barrio contra los del Barrio Matadero.

Jesús era el más entusiasta, pues su casa colindaba con la casa de los más bravos hermanos lecheros, que vivían con su padre viudo. Los miembros de esta familia, todos jóvenes y hombres, era todos trabajadores de la lechería, excepto la hermana menor, única mujer de la casa, la que por vivir con sus hermanos, recios y abrutados expampinos, cesantes al igual que el padre, había adoptado ciertos aires y compostura hombruna, lo cual atraía a los niños del barrio. Ella era bonita de cara, dientes hermosos y blancos y un cuerpo duro y bien formado. Esta niña, un poco menor que Jesús, no teniendo amigas en el barrio, jugaba con los niños del barrio al fútbol, a las bolitas, al trompo, al igual que todos los niños e incluso, cuando se enojaba, peleaba con sus compañeros de igual a igual.

Para los niños del barrio era la reina, la más linda y todos la cuidaban cuando venían chiquillos de otros barrios a molestar. Jesús siempre la miraba y le observaba con incipiente interés de macho las gruesas y bien formadas piernas y sus nacientes pechos, cuyas formas ya abultaban en su raída camiseta. Tiene que haber sido una hermosa mujer con el paso de los años y Jesús siempre la recuerda con cariño.

Algunos niños del barrio siguiendo la moda y costumbres del puerto y alentados por las incitadoras palabras de los dueños del comercio, de los periódicos, de la nutrida ciudadanía extranjera y de los altos oficiales de la Fuerzas Armadas, eran también entusiastas hinchas de este deporte, al igual que toda la población popular del puerto y sus alrededores. Los reclutas del ejército, de la marina y de la aviación, demostraban su valor y valentía en los numerosos cuadriláteros de boxeo existentes, compitiendo frecuentemente entre ellos y especialmente con los famosos clubes deportivos del Matadero y con

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

## **los boxeadores de la lechería.**

Con seguridad este es el origen de la motivación que impulsaba a muchos de los niños más pobres y esqueléticos a soñar con llegar a ser grandes campeones. Generalmente los que optaban por este doloroso deporte eran los jóvenes provenientes de los barrios más humildes y modestos y siempre chilenos de cepa. En esa época el box era casi más popular que el fútbol, por lo que los campeonatos entre los diferentes sectores de la ciudad, entre los pueblos, entre las ciudades, etc. era el pan de todos los días.

Jesús era un gran entusiasta e hincha de sus amigos lecheros. Niño aún, llegando del colegio se escapaba a los clubes de box a “ponerse los guantes”, donde sudaban seriamente los púgiles de la famosa lechería del barrio. Los días sábados era día de valientes. Los lecheros contra los pugilistas del Club Matadero, famosos éstos últimos por su bravura y belicosidad.. El local lleno de un público bullicioso. Jesús, amigo de los contendores lecheros, se colaba sin pagar la entrada. Cierta día sábado, Jesús observó que un hombrecillo era el único que vendía dentro del local los famosos y apetecidos “chupetes de helados” y pensó hablar con el gringo dueño del local deportivo a quien ya conocía, pues a veces previo pago de algún dinerillo, Jesús se quedaba a barrer las graderías del lugar una vez finalizado el espectáculo. Concluido el acuerdo con el gringo, Jesús monopolizó la venta de helados todos los días sábados, surtiéndose de helados a consignación en el local de otro gringo que era dueño de una pastelería y heladería, justo al frente del Garden Ring. Jesús iba y venía, comprando y vendiendo los helados, durante toda la jornada boxeril, que duraba hasta pasado la medianoche. Llegaba a su casa cansado, pero contento y entregaba, como siempre, lo ganado a su madre, dejándose para él un pequeña parte que guardaba como capital de trabajo y para sus gastos.

Al día siguiente, Domingo, Jesús debía levantarse temprano para ir al Garden Ring a barrer las graderías, la platea, los baños, ordenar los asientos, etc. , según la tarifa impuesta por el gringo dueño del local deportivo por permitirle tener el monopolio exclusivo de ventas de helados en las competencias sabatinas.

Las vacas eran sus vecinas y por el contacto diario con los lecheros,

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

pronto aprendió a “ manear” y ordeñar las vacas. Al principio, ayudando, haciéndose el niño útil y aspirando ser tratado como un verdadero lechero, como un verdadero trabajador.

Hasta que llegó el día que sus servicios fueron reconocidos por el capataz de la lechería y reemplazó en la tarde, después de las clases, a un lechero que faltó a su trabajo. Se ganó el salario de un cuarto de día y así casi a diario trabajaba un cuarto de día, en las tardes, después de clases, excepto los Sábados y Domingo que, a veces, trabajaba desde la madrugada y hasta el anochecer, ordeñando vacas, forrajeando vacas, repartiendo leche de vaca a caballo o en las carretas tiradas por caballos trotando. Jesús quería ser admirado por su ligereza para bajar y subir de la carreta, con cuatro o cinco botellas de leche entre sus dedos, tocar el timbre o la puerta de la cliente, recoger la botella vacía y alcanzar la carretela corriendo y subirse y bajar de nuevo corriendo hacia la puerta siguiente. A veces, para no gastar sus zapatos, este trabajo lo hacía descalzo, igualmente cuando ordeñaba las vacas, pero siempre con el temor latente de ser infectado por garrapatas, bichos que abundaban en el guano. A pesar del cuidado que ponía, no pudo evitar que se le incrustaran bajo la piel de la planta de uno de sus pies una garrapata, que con los días formó un absceso que crecía y crecía causándole un gran malestar y dolor. Cojeando se dirigió al Policlínico donde hubo que hacerle una incisión y extraerle la bolsa de numerosos parásitos de diferentes tamaños que habían escogido el pie descalzo de Jesús como su hogar.

La mente ingenua e inocente de Jesús lo impulsaba a adquirir los modos y modales de los esforzados lecheros. Imitaba el modo de andar, de hablar y casi el modo de vestir, hábito que abandonaba en cuanto llegaba a su modesta casa, puesto que su padre era un hombre de perfecto hablar y compostura, cualidad natural y casi innata en él, lo cual lo diferenciaba del siútico y amanerado, personajes tan de moda en todas lugar y tiempo. Esta contradicción, que Jesús vislumbraba con claridad, lo sumía en verdaderas proezas reflexivas para su corta edad. No lograba comprender la actitud de su padre que despreciaba la vulgaridad propia de los trabajadores, pero que al mismo tiempo se identificaba con ellos, en su sufrimiento, humillaciones, privaciones, etc. a que estaban sometidos. Jesús se sentía herido en sus sentimientos de lealtad hacía sus amigos y laceraba su cerebro con mil preguntas cuando su padre se refería en

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

forma despectiva de la gente que luchaba sacrificadamente por sobrevivir, y a lo mejor, con más provecho material que él mismo, pero que, según le explicaba, sus críticas eran justificadas porque muchas de esas personas eran individualistas, carecían de solidaridad, no pensaban y no comprendían las verdaderas causas de sus miserias, siendo muchos de ellos, ingenuamente y por ignorancia, adversarios de los trabajadores que exponían su futuro y a veces su vida por obtener salarios más justos, lograr cultura y saber, bienestar general para todos, según sus capacidades y necesidades. Su padre le decía repetidamente que se luchaba justamente para cambiarle los hábitos negativos a la gente y que él debía, por el contrario, no imitar, sino servir de modelo a la gente que no comprendía estas cosas.

Pero, Jesús, no obstante la pugna entre sus leales sentimientos a sus amigos y la cerebral posición de su padre, sin aún saber cuál de las dos era la verdadera, tercamente Jesús aspiraba a ser tratado como un adulto, como a un lechero de verdad y se esforzaba para ello. Cuando llegaba la hora de cargar el forraje para las vacas, él estaba ahí, en lo alto de la bodega de pasto, que tenía una altura casi de seis metros con fardos de pastos de 70 kilos, cooperando en la carga y descarga del alimento para las vacas. Después, con el tiempo, Jesús trotaba con los fardos de pasto al hombro, atravesaba la calle, recorría casi la cuadra hasta llegar a la pesebrera de las vacas. Logró, al fin ser considerado un colega por los lecheros. .

Jesús era acicateado por la necesidad de trabajar, aunque era un niño no dejaba de pensar en cómo ganar algo más de dinero. Jesús no podía llevar una vida de niño normal. Estaba obligado a buscar la forma de sobrevivir y ayudar a su madre y hermanos.

Una vez viendo que en el lugar donde a veces acudía a bañarse, cerca de la caleta donde llegaban las goletas con el pescado para la fábrica de conservas, había algunos muchachos y otros niños que diestramente destripaban los bonitos, popularmente un pez que la gente conocía por “mono”. Consultando cuánto les pagaban se interesó e inició este nuevo oficio de destripador de pescados en la caleta de pescadores de Cavanha. El pago no era en dinero, sino en los huevos de pescados que pudiera poseer y lograr con el destripe. Jesús se consiguió un inmenso canasto y afiló un cuchillo que le hurtó a su madre y se dirigió a la caleta en espera del arribo de una goleta.

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**Destripó y llenó su canasto de huevos de pescado, en sus dos tipos: huevos blancos y huevos amarillos. Con el canasto a cuesta, casi anocheciendo, atravesó los grandes terrenos arenosos desde Cavancha por detrás del regimiento Granaderos, y se dispuso a pregonar su mercadería apenas divisó las primeras casas del Iquique de ese entonces. Bien entrada la noche, llegó a su casa cansado, pero alegre, con dinero y con hartos huevos de pescado, de los dos tipos: blancos y amarillos. Cuando disponía de tiempo por el asunto del colegio, repetía esta rutina con frecuencia.**

**Jesús aún no sabía las consecuencias que estas actividades le ocasionarían en su vida cercana de juventud y futura. Él, a pesar de todo, vivía en ese medio, inconscientemente. Luego, a medida que crecía, que avanzaba en sus estudios fue captando con más nitidez el menosprecio de sus compañeros de colegio, hijos de cabos, sargentos, de carabineros, de empleados públicos, de bomberos, de empleados de tienda, de estibadores y cargadores del puerto, en suma la flor y nata de la auto denominada clase media iquiqueña. La otra clase, la más alta, los hijos de los comerciantes minoristas y mayoristas, los hijos de los oficiales de la numerosa guarnición militar de Iquique, los hijos de las autoridades, los hijos de los empleados de las oficinas salitreras, los hijos de los inmigrantes europeos solamente por ser rubios y blancos, eran, para Jesús, la verdadera aristocracia, los patronos, la autoridad. Y así era. Los despreciativos y clasistas hijos de los militares de tropa eran los peores, los más engreídos y, a veces, los más imbéciles, a juicio de Jesús. En los hijos de los oficiales, la vanidad y el clasismo iba aumentando desde teniente hasta los siempre extraños y casi invisibles hijos de la alta oficialidad, conocidos solamente por las fotos de la vida social del diario “El Tarapacá”. Para todo este tipo de gente Jesús no existía, nunca existió, por lo tanto de Jesús nadie se acuerda, es como si hubiese sido un soldado raso de la Guerra del Pacífico: insignificante. Los hijos de los inmigrantes italianos, yugoeslavos, franceses, ingleses, alemanes, chinos, japoneses, etc. eran francamente insoportables por su despotismo y prepotencia hacia los niños chilenos, olvidando que sus padres fueron antiguos trabajadores de la pala y el chuzo, antiguos aguateros y vendedores de allullas. Hacían notar su diferencia creando colegios exclusivos para ellos, a los cuales en esos tiempos, Jesús jamás habría podido ser matriculado.**

**Jesús, era niño, pero no idiota, por no decir una palabrota. Desde**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

chiquitito captó esta diferencia lo que con el tiempo se fue transformando en un sentimiento de clase, de pertenencia a su barrio, a sus amigos lecheros, a la gente como él. Aislado de ese mundillo arribista e hipócrita, Jesús pasó por la vida iquiqueña desapercibido, ignorado. Por ello Jesús nunca tuvo amigos en el colegio. Jamás fue invitado a un cumpleaños ni asistía a los desfiles patrioteros del 21 de Mayo o del 18 de Septiembre, ocasión en que todos los niños de los colegios con su mejor vestuario marchaban frente a las autoridades militares y de las otras. A Jesús le atraía el bullicio y la alegría de la gente en esos días de fiesta. Iba a mirar el desfile, de lejos, confundido entre el público o a veces, realizando sus actividades comerciales con mucha pena por no poder estar con sus compañeros de curso y sobre todo con las niñas de su edad. Ellos, los otros niños, seguramente lo consideraban un patiperro, ya que con seguridad lo habrían visto en todas “las actividades comerciales” callejeras que realizaba y además, Jesús siempre vistió pobremente y era conocido y estigmatizado casi públicamente por el famoso desayuno escolar para los dos niños más pobres de cada curso. Y para la mayor desgracia de Jesús, su padre sacrificando e hiriendo su dignidad y orgullo, había solicitado ayuda económica para su hijo, el más inteligente para él, a la masónica “Liga Protectora de Estudiantes Pobres” la que le donaba una cierta suma de dinero semestralmente que alcanzaba para que el padre le comprara un par de zapatillas blancas y calcetines. Para muchos, esto era una vergüenza, pero Jesús se sentía orgulloso de esta ayuda, ya que ésta tenía que ser justificada con buenas calificaciones escolares.

Después de asistir al colegio, la terrosa, ancha y polvorienta calle era el lugar donde Jesús jugaba, se divertía y prácticamente vivía todas las horas que disponía durante el día, pues casi todas las viviendas del barrio eran pequeñas, constituidas por dos cuartos y un pequeño patio, parte de él utilizado como cocina. Siendo la calle el forzado centro de reunión de los niños, ahí se discutía, se acordaba qué hacer, cómo hacerlo, dónde hacerlo y cuándo, al surgir alguna idea que fuera entretenida concretar. En este público patio de juegos no todo era grato. A veces los desacuerdos, las disputas a causa de los juegos de bolitas, del trompo, hasta de los dados, terminaban en grescas colectivas donde todo valía para defenderse y atacar. Jesús conocía quién era quién en estas lides. Algunos de sus compañeros de barrio eran realmente agresivos y abusadores con los niños más débiles. Dos

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

de estos niños eran realmente de temer, convirtiéndose con el tiempo en destacados campeones de box. Jesús para defenderse de un atacante superior a él utilizaba muy bien la destreza que tenía con el lanzamiento de la piedra. Tenía una puntería infalible, jamás fallaba. Usaba la táctica de alejarse rápidamente del agresor y cuando lo tenía a cierta distancia sacaba su honda hechiza y de sus bolsillos siempre provisto de redondas y suaves piedras de playa, escogía la más apropiada y proporcional al daño que quisiera causar y disparaba con gran precisión. Cuando fallaba, por alguna razón incomprensible para él, se disponía a defenderse como lo había aprendido en las charlas de los boxeadores y mirando sus entrenamientos.

El vecino de la esquina, al costado de su casa, se ganaba la vida haciendo fletes con una pequeña carreta tirada por un burro que usaba una especie de pantalones en su patas delanteras, colocada esta prenda por este “ buen hombre”, así lo nombraba el padre de Jesús a veces, con objeto de protegerlo de las moscas, lo cual era muy gracioso y divertido para los niños del barrio. Terminada su faena diaria, el ir y venir con pequeñas cargas, lo dejaba amarrado junto a ésta y al costado de su casa. Cierta noche, el burro, de nombre “Panchulo”, rebuznó mucho más de lo habitual, tanto que alteró el sueño de todos. Jesús, no soportando más tal ruido, se levanta silenciosamente de su cama, sale a la calle con un cordel y le amarra el hocico al burro, evitando con ésta mordaza que siguiera interrumpiendo la tranquilidad de la noche. Al día siguiente, el burro estaba casi muerto, pues había soportado el apriete de su hocico casi asfixiándose, por lo que el vecino no pudo laborar ese día, ya que su burro estaba echado y le fue imposible levantarlo para ensillarlo. El vecino nunca supo que había sido Jesús quien casi lo había dejado sin su animal de trabajo.

Uno de los hijos del vecino, un poco mayor que Jesús, se ganaba la vida vendiendo periódicos y revistas y su hermano como lustrabotas en el Mercado. Estos dos niños vecinos no miraban con buenos ojos a Jesús ya que lo discriminaban por que éste iba al colegio y hablaba diferente a ellos, sin groserías. Jesús siempre pensaba que esta familia no era tan pobre como la de él, ya que siempre esos niños compraban helados, empanadas e iban a la playa con trajes de baño bien bonitos. Además el papá los mandaba a comprar vino o cerveza varias veces al día, lo que para su padre esto era imposible, pues jamás había tenido



Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**dinero para darse esos lujos. De ésto estaba seguro, porque él nunca había visto beber vino a su padre y nunca lo vio llegar a la casa con la cara colorada y con ese desagradable olor que se percibía cuando él pasaba por su lado. Al parecer, esta familia no era tan pobre como su familia, seguía pensando reiterativamente la mente infantil de Jesús.**

**Jesús fue creciendo, poco a poco, en este medio de niños donde en la calle todos eran iguales en comportamiento y actitudes, pero Jesús en su ser más íntimo, sentía que alguien le susurraba al oído que él no pertenecía a ese mundito infantil, a esos niños destinados y preparados para ser buenos obreros, obedientes, temerosos de las leyes y ovejas fieles de la Iglesia. Casi instintivamente creía que esta vida de él era pasajera y que cuando fuera grande, él ya no pertenecería a ese barrio donde tanta tristeza y pena lo martirizaba. Estaba convencido que los otros niños no pensaban igual que él, pues para ellos ésta era la vida normal, la de sus padres, la del barrio, y eso era la voluntad de Dios, según escuchaba decir al curita de la Iglesia. Quizás este conflicto del niño Jesús había sido la resultante del paciente sermonear, como pildorita cotidiana, y que el incorruptible, honestísimo y cultísimo hombre como lo fue su padre, le había perforado el consciente y el inconsciente estampándole indeleblemente en la psiquis la ruta por seguir o de lo contrario la nada, la ignorancia, el desvalor y el desprecio. El destino de la vida de Jesús ya estaba trazado, imposible desviarse, so pena de la no- realización, del no ser y en el fondo de la infelicidad y cargo de conciencia. Ni el más famoso de los sicólogos podría batallar con la fortaleza mental del niño Jesús cuando éste creciera.**

**A medida que pasaba el tiempo, Jesús se iba tornando solitario, se alejaba de sus compañeros. Ya no los consideraba los mejores amigos del mundo ni los más inteligentes. Poco a poco iba descubriendo la vida vulgar en que estaba sumido e iba aceptando los juicios de su padre. Pero era el mundo que él conocía y estaba insertado en él.**

**Su confusión a veces le provocaban ataques de pensamientos rencorosos contra su padre. No lograba comprender cómo su padre con la cultura, conocimientos y concepto de la vida que había adquirido cuando era joven, y que escondía como si fuera un delito saber más que los demás, no había obtenido un bienestar económico mínimo y más llevadero, ya que muchos padres de sus amigos eran**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

obreros y no eran tan miserablemente pobres como él. También le criticaba sus ademanes, su bien hablar, la limpieza pulcra de su modesta vestimenta y caballerescos modales, lo cual era motivo para que la madre de Jesús muchas veces en broma se mofara de él diciéndole risueñamente “conde arruinado”.

Continúa la vida de Jesús, luchando para ganar algo de dinero. Ahora que juntó un pequeño capital con la venta de helados en el Garden Ring, piensa dedicar un tiempo a la venta callejera de diarios y revistas

En esos años estaban de moda las revistas “ El Peneca”, “ el Fausto”, “ El Veá”, entre los más vendidos y los diarios “ El Tarapacá”, “ El Despertar de los Trabajadores” y un pequeño pasquín de copuchas y pelambres llamado “ El Lucas Gómez” Las revistas llegaban en el “ Longino “ y había que estar atento a la hora del arribo del tren en la Estación, para disputar con la competencia y lograr, después de los forcejeos, alcanzar adquirirlas y salir a pregonarlas corriendo a la calle de tal forma de venderlas lo antes posible y no quedar con “ stoks”. Los diarios se vendían todos los días. Uno era de los ricos, “ El Tarapacá” y el otro, “ El Despertar de los Trabajadores” era de los pobres, así pensaba Jesús y así los anunciaba a grandes voces en las calles. Su padre decía que “El Despertar “era el diario que había que leer, porque era de propiedad de los obreros comunistas que defendían a todos los trabajadores. Jesús lamentó mucho no poder seguir vendiendo este periódico porque el taller donde se imprimía fue clausurado por el Gobierno “ democrático y libertario de la época” , detenidas las personas que lo escribían y sus trabajadores por haber sido calificados de revoltosos, traidores a la Patria y trasladados prisioneros al Campo de Concentración de Pisagua.

El otro diario, el “ Lucas Gómez “, era solamente dos hojas impresas y que publicaba los chismes y copuchas sobre la vida privada de la gente de Iquique, por lo que muchas personas compraban ese pasquín para informarse de todas las murmuraciones de amoríos sobre aquel o aquella persona, muchas veces de asuntos bastante serios y comprometedores, lo cual provocaba riñas con desenlaces graves. Debido a que este diario no atentaba contra la Patria ni tampoco se le podría considerar un peligro para la seguridad nacional no fue censurado sino hasta mucho tiempo después, pero por motivos de

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**querellas judiciales presentadas por personas que se sintieron injuriadas y heridas en su honor personal.**

En sus tiempos de ocio Jesús iba a pelusear y a recoger, donde los encontrara, los más increíbles tipos de desechos y cachivaches que compraba un local que estaba ubicado en casi el centro de la ciudad, cuyo giro era la compra y venta de metales de todo tipo, huesos, vidrios, a tanto el kilo y de toda clase de trastos que tuvieran aunque sea un mínimo de valor. Jesús con gran sacrificio juntaba pacientemente vidrios, huesos, trocitos de cobre, bronce, fierro, aluminio y todo lo que el comerciante especulador compraba a precio de huevo. Jesús siempre pensaba que este señor gordiflón y de cara rojiza era un abusador, porque era maestro en el regateo tanto en la compra o en la venta. Este señor conocía muy bien la gran necesidad de la gente pobre y muy necesitada que acudía a hacer negocio con él, de ahí entonces la gran fortuna que, según se rumoreaba, había acumulado.

Debido al desempleo y los bajos salarios, la gente de los barrios acudía con frecuencia a vender o a comprar sus pertenencias más indispensables como tazas, platos, cucharas, cuchillos, ollas, frazadas, sábanas, etc. a este señor usurero que se jactaba de ser un servidor de las clases populares por ser un ferviente creyente de Dios. Esta era la última solución para poder comprar medio kilo de azúcar, un kilo de pan y unos gramos de té. La primera era la famosa “ Agencia”, la Caja de Crédito Prendario, institución estatal creada para que la gente pobre pudiera empeñar sus pertenencias de uso habitual y doméstico, fueren éstos nuevos o usados y por muy módico que fuere también su valor, por lo que en las mañanas largas filas de personas y niños esperaban con todo tipo de paquetes, bolsas, en espera de la apertura de este local para lograr alcanzar número, ya que éstos estaban limitados a la cantidad de dinero presupuestado diariamente para préstamos. Muchas veces, la pobre gente debía devolverse a sus casas sin haber conseguido el dinero, cuando el empleado fiscal, con gran personalidad y autoridad, dueño en ése momento de la decisión de quién en ése día comía o no, anunciaba el último número al cual se atendería, porque se había terminado el dinero.

Tragedia grande para los desafortunados que volverían a casa sin poder comprar el té, el pan y el azúcar. Jesús sabía todas las astucias

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

para nunca sufrir tal decepción. Nunca se devolvió a su casa sin el té, sin el cuarto kilo de azúcar y sin el kilo de pan. La otra alternativa era acudir a un regimiento de artillería en el cual se repartía aceite, pan fresco, porotos y arroz, etc., a granel, en forma gratuita previa inscripción y justificación de tal solicitud. Tiempos muy difíciles, años interminables para Jesús.

El lugar preferido donde acudía a abastecerse Jesús de desechos para vendérselos a este avaro señor era el botadero de basura que en ese tiempo estaba ubicado al borde del mar, en lo que se denominaba Punta Negra, al Sur de Iquique. Posteriormente en este lugar las nostálgicas autoridades de la ciudad del patriotismo de los chilenos en la Guerra del Pacífico levantaron una estatua llamada “ El Marinero Desconocido”, el cual muestra un fornido hombre de indiscutible aspecto europeo disfrazado de marino chileno raso, blandiendo un hacha en su diestra, lo cual siempre ha sido muy enojoso para los chilenos que no se ven interpretado con esa figura ajena al perfil físico del hombre nacido en esta tierra. Los camiones basurero se ubicaban al borde del acantilado y vaciaban la basura desde lo alto al embravecido mar de este sitio. Las mareas y las olas cernían la basura arrojando después a las rocas y pequeñas playas adyacentes una variedad de objetos tales como cucharas, anillos, trozos de metales, vidrios, etc. los que eran recogidos, a veces con gran dificultad por el peligro de las olas, por adultos y niños que luego iban a vender su carga al judío ya nombrado. El padre de Jesús nunca supo de las andanzas de su hijo Jesús y a los peligros que se exponía en sus secretos trajines comerciales.

Jesús fue creciendo y sintiendo lo que era vivir. Pacientemente continuaba su ir y venir, como siempre. Ahora estaba estudiando en el Instituto Comercial y sus compañeros de colegio eran diferentes. Todos los papás trataban de diferenciarse enviando a sus hijos con el terno más caro y la mejor camisa y corbata, lo cual facilitaba para que en el colegio se fueran formando grupos según la presencia de cada uno. Lo mismo sucedía con las niñas. Las había con lindos vestidos, engreídas y fatuas y también las otras, con ropaje muy usado y gastado. Jesús, con sus problemas, solamente entraba, estudiaba y salía del colegio. No hacía vida social de ningún tipo.

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**Nunca fue a las fiestas o malones que se organizaban, ni a las actividades deportivas, etc. Tampoco se interesaba en las conversaciones superficiales sobre los artistas, sobre los resultados del fútbol argentino, muy de moda en esos años, sobre el tenis, etc.; El tenía otras actividades muy diferentes y además no tenía tiempo!**

**Como es lógico, ya se vislumbraba en estos niños, casi adolescentes, el interés por las niñas compañeras de colegio y el cambio que esto significa en la conducta de personas de esta edad. Jesús ignorante de esta pequeña para él diferencia y sin prever el daño que podría causarle las actividades comerciales que realizaba para la valorización de su persona por parte de sus discípulos, continuaba con su vida igual que siempre.**

**Jesús era bastante variable en su giro comercial. Cuando el esfuerzo que desplegaba no era compensado debidamente, iniciaba una nueva actividad comercial. Esta vez comenzó a vender callejeramente las folclóricas empanadas de horno y los chilenísimos, según dicen, pastel de choclo, pan amasado y pan de huevo.**

**Su comienzo fue cuando conoció en sus andanzas a un niño cuya madre elaboraba estos productos y él los vendía callejeramente pregonándolo con un gran vozarrón. Se consiguió un gran canasto y comenzó a trazar Iquique para determinar su territorio.**

**Los asistentes a los partidos de fútbol de las diferentes canchas de las poblaciones; las muchachas que trabajaban en la recientemente instalada fábrica de conservas de pescado en el Colorado; la gente que habitaba las calles más alejadas y populares del Iquique de entonces eran sus clientes habituales y a quienes a veces les otorgaba crédito “ hasta el Sábado, día de pago”. La creación de un pregón nuevo y llamativo, el que emitido con la voz cada día más gruesa y ronca de Jesús, le facilitaba la venta y el pronto retorno a su casa. Si el curso de la vida hubiese sido el mismo, es muy probable que Jesús hubiese sido con los años un “ personaje típico y folclórico de Iquique” y con seguridad nombrado como tal en los reportajes actuales del diario” La Estrella de Iquique” en que se cuenta la historia de la ciudad, todo enfocado desde el tradicional punto de vista de su parecer parcial y peyorativo.**

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

En verano, Jesús ampliaba su giro comercial a la venta de” monos de sandía”, el cual consistía en comprar una o dos sandías grandes, las cuales eran en esos tiempos un lujo por su altísimo precio, trozarlas en pequeños pedazos y venderlos al menudeo a tanto “ el mono”. o trozo. Se vendía bastante porque la gente no disponía el dinero suficiente para comprar una sandía entera.

Algunas veces se encaminaba a pié hasta las cercanías de Alto Hospicio, distante 15 kilómetros de la ciudad, en la cumbre de un cerro arenoso de 900 metros de altura, lugar donde se ubican unos depósitos de una tierra blanca y áspera llamada brillantina y usada como artículo de limpieza de artefactos de cocina como ollas, sartenes, etc., cuando aún no se inventaban todos estos productos químicos modernos de aseo.

Con un saco a cuesta bajaba deslizándose por el cerro y con gran esfuerzo y cansancio llegaba a su casa. Luego se disponía a cernir este material y a empaquetarlo o envolverlo en un papel amarillo que desechaban en el Mercado los comerciantes de manzanas. Este producto logrado con tanto esfuerzo por Jesús los ofrecía a los hoteles y restaurantes o bien en una de las puertas del Mercado.

Jesús ejercía todas las etapas de sus negocios en forma personal. Nunca se hizo acompañar por nadie. Siempre trabajaba sólo. Además, no tenía tiempo disponible, pues la escuela era su principal preocupación. Quizás un factor que ayudó a fortalecer la personalidad solitaria e intravertido que ya se estaba perfilando como un rasgo preponderante en él podría ser el hecho de la incipiente cultura ya adquirida la cual de alguna manera dificultaba la comunicación con las otras personas muy modestas e incultas dedicadas a las mismas labores que él y que éste de alguna manera rechazaba por algunos malos y desagradables hábitos y costumbres que tenían, no concordantes con los consejos de su padre. Por otro lado, también él era evitado por sus compañeros de colegio que seguramente lo consideraban de un nivel social demasiado bajo para invitarlo a una fiesta o juntarse con él. Los desaires en este sentido eran frecuentes, lo cual fueron lesionando, hiriendo su sensibilidad y tranquilidad. Para bien o para mal, Jesús creció con un profundo sentimiento de rabia hacia ese sector de personas muchas de las cuales se tornaron con el tiempo en serviles, hipócritas e ignorantes,

Autor: HUGO EDUARDO DIAZ.

**aunque hayan logrado, algunos de ellos, algún grado de instrucción o profesión. Por el contrario, su sentido de pertenencia se fue afianzando con el tiempo hacia la gente más desposeída y que él había conocido muy bien desde pequeño.**

-----